

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 416

25 CTS.



El soñador

POR
Virginia Valli

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 416

El soñador

Sentimental novela interpretada por
VIRGINIA VALLI,

IAN KEITH

y KENNETH THOMPSON



EXCLUSIVA DE

Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Aragón, 249, Barcelona-Aldamar, 7 y 9, S. Sebastián

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
OLGA TSCHÉKOWA

El soñador

Argumento de la película

¡Broadway! ¡Vía amplia! Sus brazos eternamente abiertos acogen a todos, guiando a los unos al triunfo y a los más a la obscuridad.

Era la hora de la salida de los talleres y despachos. Una muchedumbre ávida de reintegrarse al hogar, para tomar el alimento de mediodía, se apretujaba en la popular calle, donde el rico y el pobre se codean sin mirarse, indiferentes, preocupados cada cual con sus asuntos, de dinero aquél, de necesidad el segundo.

El verano vestía de gala a la naturaleza, y era pintoresco observar en aquel incesante ir y venir de gente un mar ondulante de sombreros de paja, de blancos *canotiers* que habían dado al traste con los flexibles, sin necesidad de que se pusieran anuncios en las calles recomendando a todos que se

compraran otro sombrero, de acuerdo con la estación.

Pero el día en que comienza esta narración se había levantado Eolo de mal humor, porque soplaba de lo lindo, arrancando sombreros varoniles de sus respectivas señoras y poniendo al descubierto ciertas cosas femeninas mucho más dignas de ser contempladas que los aludidos sombreros.

De pronto, un *canotier* voló de su "molde" y rodó por el suelo, exactamente igual que un aro de chiquillo, empujado únicamente por el viento. El dueño del sombrero echó a correr tras el fugitivo, pero si bien al principio logró abrirse paso entre tanta generación como en la calle había, quedó súbitamente encerrado, materialmente copado, por una indestructible valla humana. No le valió bracear, empujar, ni suplicar. Todos tenían prisa y nadie atendía a nadie. El que tuviese más prisa, que tomase un coche... o un avión, llamando por teléfono a Lindbergh, por ejemplo.

Y el sombrero continuó en su carrera, haciendo piruetas entre los pies de la gente, no resultando pisoteado y repisoteado, por verdadera casualidad.

Era fatal que, de un momento a otro, no quedase del *canotier* más que el recuerdo, con la correspondiente badana, y gracias, porque, francamente, no todos aquellos "pieses" iban a resultar milagrosos para

desviarse del sombrerito en el preciso instante en que lo iban a "reventar".

Pero se presentó la providencia, que también, al parecer, se apiada de las cosas inanimadas, encarnada ¡bendita sea! en una mujer. Esta podía llamarse Providencia, Oportunidad, Sorpresa, Esperanza—por las que a uno se le ocurrían al verla—y mil nombres más; pero se llamaba Sylvia, así, lisa y llanamente. Bonito nombre, es cierto; pero aunque se hubiese llamado Cachirula, la providencial desconocida era una cosa muy seria en materia de hermosura.

La providencia, es decir, Sylvia, presentóse del siguiente modo: el sombrero rodando, rodando, fué a parar junto al bordillo de la calzada, por el que, cual por un estrecho canal, se deslizaba agua sucia, para ir a morir en una próxima cloaca. Un poco más, y el sombrero quedaba "lucido"; ni quien lo fabricó le hubiese reconocido. Pero allí estaba Sylvia, y gracias a que ella se molestó en agacharse para detener al sombrero, éste no supo de la amargura de perder la lozanía bañándose en agua teñida en suciedad.

¿De quién era aquel sombrero?

Sylvia miró en derredor suyo, y no vió a nadie interesado en recuperar aquella prenda; pero, de súbito, forcejeando con los transeúntes de primera fila, el dueño de

aquella pudo alcanzar a Sylvia, y, cogiendo el sombrero, le dijo:

—Agradecido, señorita... y he tenido sumo placer en saludarla.

Ella, agradablemente impresionada, repuso:

—La satisfacción es mía, por haber salvado a usted su flamante sombrero.

—Es usted muy amable.

Sylvia prosiguió su camino hacia su casa, para preparar la comida, que se hacía ella misma, al salir de un taller de confecciones, para el que hacía trabajo en el hogar, pero el joven del sombrero se empeñó, discreta y amablemente, a acompañarla un rato; y al despedirse, ella sabía de él que se llamaba Drake y él de ella que se llamaba Sylvia. Nada más.

Pero ámbos se llevaron un dulce recuerdo de aquel encuentro.

* * *

En una de las calles próximas a la luminosa vía, sentaba sus reales un modesto sastre judío, cuya especialidad era planchar trajes en diez minutos, y donde vivía un realquilado.

Este era Edwin Booth, un hombre de cerca de cuarenta años, alma de soñador y ser no comprendido, según él.

El hijito del judío y Edwin hacían buenas migas. A menudo hablaban, como si el

pequeño fuese una persona mayor, de cosas tan graves como de la marcha del teatro y del talento de los artistas.

El mayor tesoro de Edwin lo constituía una cajita, en que guardaba recuerdos de la gloria de un antepasado, del que quería imitar sus triunfos escénicos. El tal pariente era un tío del soñador. Además de tío, fué su padrino y llamóse como él se llamaba: Edwin Booth.

Entre los objetos que Edwin guardaba en la cajita, figuraban un collar y un retrato. Al mostrar el collar al pequeño, le dijo aquella mañana:

—Esto me lo dió Sara Bernhardt cuando yo actué con ella.

Era cierto. El, en vida de su tío, interpretó un papel de adolescente en la compañía de la eximia trágica francesa, y ésta, para que tuviese un recuerdo suyo, le regaló aquella joya, de inestimable valor para él.

El retrato representaba al tío y al sobrino juntos; y Edwin, contemplándolo con emoción, dijo al muchacho, que le escuchaba embelesado:

—Mi tío fué el mejor actor en su época y nadie le ha superado en nuestros días.

Y añadió, con entonación de gran actor:

—Cada vez que recuerdo a mi padrino interpretando "Hamlet", no puedo menos de imitar sus ademanes.

Y se puso a recitar un pasaje de la obra del gran Shakespeare.

El niño, creyendo en los méritos artísticos del soñador, repuso, con viva simpatía:

—Apuesto a que usted podría enseñar al mejor actor cómo se interpreta "Hamlet".

Pero, a decir verdad, el chiquillo no había visto en su corta vida ese drama, ni otros siquiera. Todo lo que sabía de teatro se lo había oído decir a Edwin.

Este, sin detenerse a meditar que platicaba con una criatura, contestóle:

—Tal vez lo logre algún día y vean todos en mí al digno sucesor del nombre y la gloria de Edwin Booth.

El judío, entretanto, recomendaba a su dependiente:

—Sácale bien la raya al pantalón de Edwin, Samuel; los actores son muy exigentes en este punto.

Un poco después, Edwin estaba en condiciones de salir a la calle, al entregarle el sastre los pantalones que le diera a planchar.

Edwin vivía poco menos que del aire. No tenía contrata. Lleno de grandes aspiraciones, rehusaba muchas veces algunos bolos que le ofrecían compañías de escasa categoría; y cuando los aceptaba, era por verdadera necesidad. No quería que su "ilustre" nombre se resintiera figurando en las listas de elencos sin autoridad artística.

De la tienda del sastre, que era, además,

vivienda de los judíos que vivían de la sastretería, y del propio Edwin, éste se trasladó al club de autores y actores. No tenía un céntimo y le convenía obtener trabajo. ¿Tendría la suerte de que le diesen un buen contrato para actuar en un teatro de la ciudad como primera figura?

En el club, ocupando una mesa del fondo, hallábanse tres hombres, conversando animadamente. Uno de ellos, empresario, dijo a los demás, su socio y director de escena, y el primer actor de la compañía:

—Conviene proceder sin más demora al reparto de papeles y activar los ensayos de la nueva obra.

—Cuando ustedes quieran — replicó el primer actor—. Yo me sé mi papel al dedillo.

El empresario añadió, al ver llegar a Edwin al club:

—Edwin ha venido a pedirme que lo contrate, y me figuro el disgusto que va a tener cuando vea que le ofrezco el papel de mayordomo.

—No se pondrá a bailar, precisamente; pero, algo es algo—opinó el director de escena—. Cuando un actor está sin contrato, todos los papeles son buenos.

—¡Es tan raro, que a lo mejor no lo acepta!

—Peor para él.

Edwin acercóse al grupo, saludó haciendo una profunda reverencia, con su habi-

tual empaque, y, dirigiéndose al empresario, le preguntó:

—¿Ha decidido usted hacerme el honor de concederme un papel en la obra que está preparando?

—Sí, amigo mío... He pensado en usted... y éste es su papel... el de mayordomo...

—¿El de mayordomo? Perdona, pero yo no he interpretado nunca papeles secundarios, sino de primer actor.

—Es el caso que ya tenemos primer actor... Es el señor Curtis Drake, aquí presente.

Y señaló al joven que salvó su sombrero de paja, en Broadway, gracias a la oportuna intervención de Sylvia, la gentil desconocida.

Edwin ocultó una mueca de desencanto, y renunciando al insignificante papel, apartóse de los tres hombres.

El empresario hizo este comentario:

—¡Qué iluso! Sería capaz de no cobrar, o poco menos, a cambio de interpretar los mejores papeles.

Edwin se hallaba junto al despacho del club. Curioseando las notas y avisos que figuraban escritos a máquina, fijados en la pared, se detuvo, desagradablemente sorprendido, en una lista en que constaba su nombre entre los de los miembros del club que estaban suspendidos de todos sus derechos como socios, por falta de pago. Su deuda ascendía a veintiseis dólares.

Humillado, vencido, no pensó sino en hacer desaparecer su nombre de aquella lista, liquidando su cuenta pendiente, y para ello, nada mejor que acogerse resignadamente a lo que le acababa de salir, en espera de algo mejor: el papel de mayor-domo.

Volvió sobre sus pasos, impelido por la necesidad, y dijo al empresario, entre risueño y amargado:

—Señores, he cambiado de opinión, y acepto agradecido el papel que han tenido a bien reservarme.

—Perfectamente — contestó el empresario, dirigiendo una expresiva mirada al director de escena y a Drake—. Tenga usted y póngase de acuerdo con el señor Drake para los ensayos.

—A sus órdenes...

—Estudie también el papel principal, por si algún día el señor Drake cayese repentinamente enfermo.

Edwin sonrió con melancolía, y no pudo menos de decir, para aparentar que estaba contento:

—Es inevitable que el que estudia un papel para suplir a otro en cualquier momento, desee que a ese otro le ocurra alguna calamidad.

—Supongo que lo que me deseará usted —dijo Drake—, no será algo muy grave...

Los demás se rieron, y aprovechando la

buena disposición de ánimo de todos, Edwin les dijo:

—A propósito, ¿tienen ustedes ya la primera actriz? Yo puedo proporcionarles una excepcionalmente bella.

El empresario y el director de escena no tenían fe en la primera actriz propuesta por Edwin, temerosos de que resultase ser una ilusa como él. Pero Edwin, sacando de un sobre de gran tamaño varias fotografías de una bella joven, las mostró a aquéllos y a Drake, quien contempló a la hermosa artista con ojos de aprobación. Pero no lo dió a entender a Edwin.

Este, que se había fijado en la curiosidad que las fotografías despertaron en Drake, opinó que eso equivalía a interesarse por la oferta, y preguntó al empresario:

—¿Desea usted que pasemos por su despacho?

—No se moleste... Déjenos sus señas, y, si nos interesara, la avisaríamos en seguida.

Edwin se marchó del club más ilusionado que cuando llegó. No por él, puesto que el papel que le habían confiado no tenía ninguna importancia, sino por la joven propuesta como primera actriz, pues abrigaba la esperanza de que la mandarían llamar. El interés de Drake era una buena señal.

Desde el club dirigióse Edwin a la casa de la joven en cuestión.

La encontró lavando ropa, muy deliciosa con su vestido de mujercita de hogar.

—Buenos días, Sylvia—saludó Edwin.

—¡Hola, Edwin! ¿Qué noticias me traes?

Sylvia era la misma que salvó el sombrero de Drake, y de ahí que éste, reconociéndola en las fotografías, se detuviese tanto a contemplarla, recordando la grata impresión que le causara su encuentro.

Edwin meneó tristemente la cabeza, al ver el trabajo a que se estaba librando Sylvia, y le dijo, a manera de reproche:

—¿Por qué no mandas esa ropa a la lavandera, para conservar tus manos blancas, suaves y olorosas como lirios?

Ella le miró con simpatía y repuso:

—Podría enviarla, dices bien; pero no recogerla sin dinero.

Edwin simuló no haber escuchado estas últimas palabras, que hablaban de necesidad, y se esforzaba en mostrar a Sylvia el papel que acababan de entregarle. Sylvia se dió al fin cuenta de ello, y exclamó, radiante de alegría:

—¡Oh, Edwin! ¿Te confiaron un papel?

—Sí, Sylvia... y a ti otro. Es probable que te avisen hoy mismo.

—¿Lo dices de veras?

—Como lo oyes. Yo les hablé lo más favorablemente que puedas imaginarte de ti y conseguí llamar la atención del empresario y del primer actor de la compañía. Nada, mujer, puedes considerarte con contrata, y para representar el primer papel, no vayas a creer que te veas obligada a

aceptar el último papel, como me ha ocurrido a mí, porque la compañía ya tiene primer actor.

—Eres muy bueno conmigo, Edwin. No olvidaré nunca tus bondades.

Edwin Booth Benson y Sylvia habían trabajado juntos en algunos bolos. Sylvia era una excelente actriz sin suerte, porque no tenía protectores ni más amigo que Edwin, quien todo el bombo que podía dar a otra persona, se lo necesitaba para él.

Para triunfar, Sylvia necesitaba una buena oportunidad, trabajar ante público inteligente y con compañeros de talento. Pero, mientras llegaba esa oportunidad, la honesta joven trabajaba en su casa y vivía modestamente, pero feliz.

Edwin sentía por Sylvia un profundo amor. No se lo había confesado nunca, porque esperaba, esperaba siempre el momento de su triunfo como digno sucesor de su eminente tío y padrino; pero gustaba de sentirse a su lado, aspirando su suave perfume, oyéndola hablar, viéndola sonreír, temblándole los rojos labios, en los que tantos besos, lleno de unción, hubiese depositado de seguir los impulsos de su corazón lleno de ella.

De pronto, mientras los dos amigos hablaban, se oyó el timbre del teléfono de Sylvia.

Edwin exclamó:

—¡Apuesto a que es el empresario! Ya me parecía a mí que les convenías...

Sylvia, evidenciando como una niña su contento, dirigióse al aparato telefónico; pero Edwin la detuvo por un brazo.

—Deja que llamen...

—¿Por qué, Edwin?

—Cuanto más te hagas desear, mayor interés tendrán en contratarte.

—Sí, pero... ¿y si se cansan de esperar?

—No se cansarán... no temas...

Pero Sylvia, impaciente, se puso al teléfono, y al oír que la citaban en el despacho del empresario, con quien había estado hablando Edwin, contestó:

—Iremos inmediatamente.

Al decir "iremos", quería significar que Edwin la acompañaría, sin comprender que el empresario había pedido la dirección de ella para evitar que Edwin interviniese en el asunto.

Sylvia se vistió en un santiamén, y, con Edwin, encaminóse hacia el despacho del citado empresario.

A la puerta del mismo, Edwin, arreglándose la corbata, para aparecer ante la gente de teatro lo más elegante posible, y muy erguido el busto, dijo a Sylvia:

—Yo hablaré por ti con él, y verás cómo hay que tratar a esos industriales del arte.

—Sí, Edwin...

Empujaron la puerta y halláronse ante numerosas personas, que esperaban ser reci-

bidas por el empresario. Pero Edwin, altivo, como un príncipe, acercóse al meritorio del despacho, que estaba leyendo una novela de aventuras, y le ordenó:

—Anúnciame al señor Felding.

El muchacho, sin apartar los ojos del libro, le contestó:

—Siéntese y espere que le toque el turno.

—Pero...

Los demás miraban con ironía a Edwin, burlándose de su altivez, cuando era nada más que un Don Nadie.

El chico, que no podía sufrir que le interrumpiesen cuando los blancos propinaban una soberana paliza a los indios que pretendían descuartizarlos, miró con cierta insolencia a Edwin, y añadió:

—Según la Biblia, los últimos serán los primeros; pero, aquí, nones.

Edwin se dirigió a la secretaria del empresario y le expuso el motivo de su visita: estaban allí, la señorita Sylvia y él, porque el señor Felding les había mandado llamar y era asunto urgente.

La secretaria ordenó al meritorio que anunciase al caballero y a la señorita al empresario, y el chiquillo, mal de su grado, lo hizo.

Y Edwin se disponía a entrar en el despacho particular del empresario, seguido de Sylvia, cuando el meritorio, deteniéndole, le dijo:

—El señor Felding dice que pase la se-

ñorita. Usted hará el favor de esperarla aquí.

Edwin quedó sin habla. ¡Qué gente más desconsiderada! ¡Tratarlo así, después que él era el que había recomendado a Sylvia!

Los demás se echaron a reír entre sí, al ver la cara que puso Edwin al considerarse relegado como una cosa sin importancia, y uno de los que esperaban le dijo, mordaz:

—¿Cómo dice que le va, señor Barrymore? ¿Y la familia, buena?

Edwin no se dignó mirar al mal educado, despreciándole con su indiferencia, porque él no se trataba según con qué gente...

En tanto, en el despacho del empresario, Sylvia recibía la agradable sorpresa de encontrar en el mismo a Drake, el joven del sombrero.

Se saludaron, y Drake, presentándola al empresario y al director de escena, les dijo:

—Esta es la señorita de quien he hablado a ustedes y que libró mi sombrero de un baño de agua sucia.

La recomendada por Drake, pues no había sido tomada en consideración la recomendación de Edwin, causó excelente impresión en el empresario, así como en el director de escena, y, siguiendo el consejo del primer actor, para ella fué el primer papel femenino.

—Tenga usted, señorita. Estudie este papel y vaya mañana al teatro, para el primer ensayo.

La alegría de Sylvia no es para descrita, y su gratitud hacia Drake, para menos descrita todavía. No se le ocultaba a ella que él era el que la había hecho aceptar, aunque no dejaba de reconocer la buena intención de Edwin al recomendarle como primera actriz.

Y cuando salió y reunióse con Edwin, dijo a éste, llenándole de satisfacción y orgullo, pues él se consideraba protector suyo:

—Han aceptado ponerme a prueba, y mañana ensayamos. ¿Crees que triunfaré?

—Tu éxito será completo. Yo me encargo de ello—repuso con firmeza el soñador.

* * *

Escenario desnudo... triste... poco acogedor: el primer ensayo.

El primer actor y la primera actriz, Sylvia, ensayaron una escena culminante. Escena de amor, ideal para dos corazones que se buscan. Ni que decir tiene que salió a la perfección, a pesar de ser el primer ensayo. El empresario aplaudió a la pareja, y les preguntó:

—Pero, ¿habían ustedes ensayado antes esta escena?

Drake envolvió en cariñosas miradas a Sylvia, que estaba bellísima, y contestó,

como si fuese ella quien le hubiera dirigido la pregunta:

—Con usted de primera dama, es lógico sentirse romántico.

Edwin sufría en un rincón del escenario. Nadie se ocupaba de él. No importaba a nadie. En cambio, Sylvia se veía rodeada de atenciones y besada por el éxito, como mujer y como artista. ¡Qué amargura la suya! ¡El, que valía tanto, que sentía en su alma el ansia de ser, de ser mucho!...

Después del ensayo, Edwin quejóse a Sylvia de su insignificante papel, a la par que la felicitaba por el triunfo que preveía para ella.

—Pero, te lucirías más si yo trabajase a tu lado de primer actor, en lugar de Drake, que no me acaba de gustar.

Sylvia le contestó, comprendiendo la tragedia de su amigo, que basaba su afán de gloria en su descendencia de un ilustre actor:

—No te desanimes, Edwin... Para ti, como hoy para mí, llegará también la oportunidad de vencer...

—Así lo espero. El talento triunfa siempre...

Edwin acababa de pedir un adelanto al empresario, pues no tenía un céntimo y debía demasiado al judío en cuya casa vivía, y, deseoso de tener a su lado a Sylvia, le dijo:

—¿Quieres que vayamos a celebrar tu suerte al Ritz?

Pero recibió una amarga respuesta:

—Lo siento, Edwin, pero he aceptado ya cenar con Drake.

—Bien... Otro día será, Sylvia.

Y, afligido, se apostó junto a la puerta del escenario, y vió subir al coche de la empresa a Drake y Sylvia, sin que ni uno ni otro se preocupasen de él.

Y llegó la noche del estreno de la obra dramática ensayada con tanto esmero. El éxito de Sylvia y Drake era seguro. Todas las escenas en que ambos intervenían, y que eran las de fuerza de la obra, las realizaban a las mil maravillas.

En el camarín de Sylvia, se amontonaban las flores. Unos empleados, colocando en el mismo una canastilla y un ramo, comentaron entre sí:

—Apuesto a que esta canastilla es la de Drake. ¡Está chiflado por la primera actriz!

Curiosos, quisieron comprobarlo, y al separar del sobre la tarjeta del que ofrecía la canastilla, comprobaron que era, en efecto, de Drake. Pero ocurrió que también separaron del sobre que se hallaba entre las flores del ramo suelto la tarjeta del remitente, que era Edwin, y al volver a colocar las tarjetas en los sobres, las cambiaron, es decir, pusieron la de Drake en el sobre de Edwin, y la de éste en el de Drake.

ke, por lo que resultaba que Edwin regalaba a Sylvia le canastilla, y Drake el ramo.

La dedicatoria de Drake decía así... y decía bastante:

Gloria y felicidad.

Curtis Drake

La de Edwin, lo siguiente:

Te deseo el mayor éxito, el mismo que desearía para mí.

Edwin Booth Benson

En escena, en tanto, se representaba el final de la obra, seguida con verdadera atención por el público, que llenaba la sala.

Aparecían en el tablado la esposa, el amigo del marido y amante de la mujer, el mayordomo, que pronunciaba un bocadillo, y, finalmente, el marido, para sorprender a la adúltera. El amante decía a la esposa, abrazándola: "Este es el momento más feliz de mi vida." Y como en aquel momento se presentaba, saltando por la ventana, el esposo ultrajado, éste contestaba al amante de su mujer, apuntándole con un revólver: "Y el último momento de su vida." El amante contemplaba estupefacto al marido burlado, y estaba dispuesto a todas las reparaciones que le exigiese; pero aquél, cegado por el afán de venganza, disparaba, a tiempo que decía: "He venido a impedir una felicidad que no le correspondía a usted." Caía el amante; la adúltera se inclinaba para recoger su último suspiro, y,

antes de expirar, en los brazos de la amada, el herido gemía: "Tenía razón... una felicidad que no me correspondía." Y así terminaba la obra.

El triunfo de obra e intérpretes fué clamoroso, verdaderamente formidable.

Edwin, emocionado, fué el primero en felicitar a Sylvia, un tanto amargado, empero, por su oscuro papel.

—¡Has estado admirable! — exclamó—. Felding no me pagará nunca el favor que le he hecho recomendándote para este este papel.

—Sí, Edwin... todo lo debo a tu bondad —contestó Sylvia, apiadada de la amargura que roía a su amigo.

—Pero—añadió Edwin—en esa obra se echa de ver la falta de un buen primer actor.

Sylvia le miró con reproche, censurándole, además, de palabra:

—Envidiar la gloria de los demás, es empujarse, Edwin. Vacía tu corazón de impurezas, para que, cuando llegue para ti, el éxito lo llene de felicidad.

—No puedo remediar el establecer comparaciones, ante las injusticias que se cometen. Pero, quiero olvidar... ¿Vamos a celebrar juntos tu triunfal debut?

Y, otra vez, Sylvia se negó:

—No puedo complacerte, Edwin... Drake me ha invitado a una reunión de amistades en su casa.

—¿Te ha invitado... a ti solamente?

—Sí...

—Ya ves... El sabe que tú y yo somos amigos... y no se ha dignado invitarme...

—En verdad, lamento que él no te haya



... y no se ha dignado invitarme.

invitado... y no acudiría a la fiesta si no temiese que se enojara.

Hablaban en el camarín de ella. De pronto, entró Drake. Al ver juntos a los dos amigos, el primer actor hizo ademán de retirarse; pero Edwin, con dolorida entonación, pronunció, marchándose:

—Yo soy el que sobra aquí.

Drake dió prisa a Sylvia para que estuviese pronto preparada para marchar con el empresario a la fiesta que se organizaba en su honor, por su triunfo como primera actriz y por el éxito de la obra; y, al salir, Sylvia prendióse al pecho las flores que le enviara Edwin, pensando, por la confusión de las tarjetas, que eran obsequio de Drake.

Y, en la fiesta, apartados de todos en el jardín, donde los primeros tintes de la nueva aurora se extendían suavemente, Drake dijo a Sylvia, adorándola:

—¿Es indiscreto preguntar por qué estas flores merecen tan cariñoso trato de usted?

Sylvia le miró con ternura y murmuró:

—Porque vienen de su parte...

—Perdone... pero yo le mandé una canastilla de crisantemos.

—¿Cómo?... Entonces ha habido un error, pues la tarjeta de usted se hallaba sobre estas flores, y la de Edwin entre los crisantemos.

—¿Puedo preguntar a usted qué significa Edwin en su vida?

—¡Mucho!... Yo soy la única que lo comprende... pero sólo nos une la fraternal amistad que se originó en nuestra infancia.

Drake suspiró. Acababa de enterarse de lo que más le interesaba saber en el mundo, y dijo a Sylvia:

—Entonces... voy a permitirme... decir a usted... una cosa...

Sylvia comprendió... y como no es preciso declararse con palabras, Drake, viendo que no sería rechazado, acercó su boca a la de ella, y se besaron. Así se prometieron amor. Así fueron novios.

El empresario había mandado comprar los periódicos que acababan de aparecer, afanoso de leer la crítica referente a la obra estrenada en su teatro. Todos los críticos dedicaban grandes elogios a Sylvia y a Drake, y la carrera de la primera actriz podía considerarse como consolidada.

El empresario buscaba a los dos artistas, para que leyesen los elogios que se les dedicaban, y los sorprendió en el momento de las caricias. No se ruborizó, ni mucho menos, y gritóles:

—¿Quieren ustedes suspender unos momentos el “ensayo”, para leer lo que dicen los críticos teatrales?

A ambos les produjo mucha alegría que sus nombres empezaran a citarse unidos, y como si eso fuera presagio de otra unión, a la que los dos aspiraban, el empresario sorprendió a los invitados anunciando que, como en el drama, la primera actriz y el primer actor se querían, pero que, contrariamente a lo que ocurría en el drama, podrían ser muy felices, porque no había marido celoso que disparase tiritos cuando más dichosos se consideraban los amantes.

Y todos brindaron por la felicidad de los novios.

Edwin había leído, en la soledad de su cuarto, la crítica, y lo que más le dolió fué leer que se suponía que la realidad dada a ciertas escenas por Drake y Sylvia, parecía obedecer a sentimientos afines de ambos artistas.



... y todos brindaron por la felicidad de los novios.

Y le faltó tiempo a Edwin para entrevistarse con Sylvia y preguntarle qué significaban aquellas alusiones:

—¿Qué dicen de ti y de Drake? ¿Cómo lo consientes?

Ella le miró con ternura, calló la verdad por piedad, y repuso:

—Mi gratitud por cuanto has hecho por mí será eterna, Edwin... pero te suplico que no pongas trabas a mis sentimientos...

—Comprendo por qué le haces caso. Los elogios son tan gratos...

Y el iluso abatió la cabeza, como bajo un enorme peso que no le dejaba vivir.

—Es muy difícil hacerte comprender las cosas, buen amigo mío...—le dijo Sylvia, afligiéndola que adoptase aquella actitud de dolor, achacándole a ella la causa—. Tú eres como el personaje de la comedia, que exige de la vida lo que él desea, sin otra razón que la de su anhelo.

En aquel momento, apareció Drake. Este, al ver a Edwin, le saludó cordialmente y, mostrándole un periódico que le dedicaba algún elogio por la sobriedad con que había interpretado su corto papel, le dijo:

—Vaya, alégrese, que también ha tenido usted su parte de éxito.

Edwin le miró con desdén y repuso:

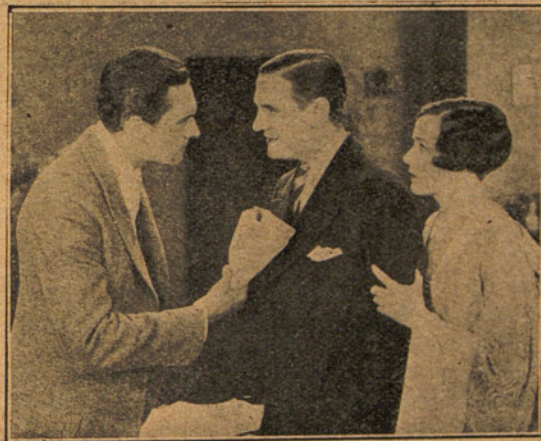
—Anoche estuvo usted indiferente conmigo, y hoy, porque se entera de que valgo algo, rectifica su conducta, ¿verdad? Pues, sepa usted que yo no acepto ni alabanzas, ni compasión de un actor que no es mi igual.

Ante la actitud hostil de Edwin, Drake no pudo dominar el impulso de exigirle una satisfacción; pero Sylvia lo contuvo a tiempo, y Edwin salió odiando a muerte al hombre que le arrebatara, en su vida de so-

ñador, la estrella más luminosa de su cielo: Sylvia.

* * *

La nueva obra había alcanzado ya un crecido número de representaciones, y el



—Anoche estuvo indiferente conmigo...

teatro seguía ofreciendo un magnífico aspecto.

Aquella noche, el empresario había prometido obsequiar a todos los artistas y empleados del teatro con un banquete en el propio teatro, inmediatamente después de la representación.

¿Se trataba de celebrar las ganancias que

le había producido la obra? No, sino, única y exclusivamente, celebrar el noviazgo de Sylvia y Drake, que se casarían pronto.

Al enterarse de ello, Edwin, sin poderlo evitar, pensó, enloquecido de dolor, en eliminar a su afortunado rival, y, sin que nadie se diera cuenta, cargó el revólver que empuñaba el marido burlado, descargándolo sobre el amante de su mujer. Así, cargando el revólver, Drake caería muerto de veras, y Sylvia no sería suya.

Mas he aquí que, de súbito, Drake, al bajar de su camarín, rodó por las escaleras, lastimándose un pie. Llamóse al médico, y éste aconsejó a Drake que guardase reposo durante una semana. Desde luego, le era imposible continuar su trabajo aquella noche, porque cojeaba muy pronunciadamente y sentía un dolor intenso.

Fué preciso avisar a Edwin, como suplente, para que sustituyese a Drake en las últimas escenas.

Edwin, aterrado, negóse; pero insistió tanto el empresario, y eran tantos los deseos que tenía de triunfar, que acabó por acceder. Cambiaría otra vez el revólver del guardarropa; y así lo hizo, ocultando el revólver cargado y dejando encima de la mesa otro revólver sin cargar.

Y salió a escena.

Interpretó con gran serenidad su papel, abrazó con frenesí a Sylvia en las escenas amorosas, y el público seguía atento su

enorme labor, comparándole con ventaja a Drake.

De pronto, apareció, en la farsa, el marido burlado, pronunció las palabras de censura, disparando seguidamente contra el amante de su mujer.

La caída de Edwin fué magistral. Sus lamentos parecían naturales, arrancados del dolor mismo. Su triunfo era rotundo.

Y era que el revólver que disparó el actor que representaba el papel de marido, era el cargado por Edwin, pues el guardarropa, al sacar una manta de debajo de la mesa, dejó al descubierto el revólver oculto por Edwin, colocando dicha manta encima de la mesa, quedando debajo el revólver sin cápsulas.

Nadie comprendía la agonía de Edwin, y éste, haciendo un sobrehumano esfuerzo, levantóse, apretándose el vientre, y saludó al público, que le tributó una entusiasta ovación, por la naturalidad puesta en su trabajo.

El empresario le felicitó, y le felicitaron todos, y lo empujaron hacia la mesa del banquete, para que ocupase el puesto de honor.

Edwin sufría horriblemente; pero se esforzaba por llegar adonde se había propuesto en aquellos supremos momentos, y al sentarse todos a la mesa, reclamó un poco de silencio, se hizo traer la cajita que

contenía los tesoros de su vida de soñador, y dijo:

—Quiero obsequiar a cada uno de mis amigos, Drake y Sylvia, con un recuerdo



Su triunfo era rotundo.

mío... dos cosas que han sido el único tesoro de mi vida.

Hizo un nuevo esfuerzo, y añadió:

—Para ti, Sylvia, el collar de Sarah Bernhardt... para Drake... un retrato del gran

Booth, mi padrino... y para todos, la evidencia de que el Destino nos gobierna.

Todos le contemplaban con estupefacción, mirando con el terror reflejado en sus semblantes, el revólver cargado...



Edwin sufría horriblemente.

—Y ahora repito, como en el drama: "Tan sólo deben vivir los que han adquirido el derecho a la vida"—añadió, retorciéndose en horrorosa agonía.

Quisieron auxiliarle, mas él se negó:

—Algo más todavía—siguió diciendo—. ¡Brindemos!... Que toda la dicha que me fué negada a mí, se añada a la de ustedes...

Quiso decir más; pero no pudo. Su corazón se rompió.

Sylvia miró tristemente a Drake, a tiempo que acariciaba la cabeza del muerto, y murmuró:

—¡El triunfo le costó la vida! Fué... un soñador.

Y nadie supuso que Edwin había querido matar a Drake, sino que él mismo había querido darse muerte, para, realizando como en la realidad su papel de herido, oír los aplausos del público, su suprema ambición, antes de desaparecer del mundo.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

La mejor publicación de novelas modernas

La Novela del Chofer 30 cts.

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

EB